

CAPITULO LXXIII.

D. Alfonso X (el Sabio) rey de Castilla. — Su alianza con el rey de Granada Ben-Alhamar. — Proyectos de expedición á Africa, del rey D. Alfonso. — Causas que impiden su realización. — Frustranse sus planes respecto á Navarra. — Es elegido emperador de Alemania.

BASTANTE ligados desde este momento los acontecimientos de Aragón y de Castilla, proseguirémos hablando indistintamente de ambos reinos cuando los mismos hechos nos lo exijan, y no particularmente como hicimos en los anteriores capítulos.

Por la muerte de Fernando III, ocupó el trono de Castilla su hijo Alfonso X, á los treinta y un años de edad.

El monarca de Granada Ben-Alhamar, amigo de Fernando, sintió extraordinariamente su muerte, y envió á Castilla ciento de sus mejores caballeros para que asistieran á las exequias del santo rey, como efectivamente lo hicieron, llevando antorchas encendidas.

El castellano reconoció la alianza y pactos que mediaban entre su padre y el granadino, y rendido el justo tributo á la memoria del que le diera el ser, dedicóse á los asuntos del reino.

Desgraciado fue en esto el sábio Alfonso X.

Mientras el rey de Granada con su entendida administración habia visto crecer y desarrollarse poderosamente su reino, alluyendo á cada paso gran número de musulmanes arrojados de otros sitios por las armas cristianas, D. Alfonso disgustó á sus vasallos con la alteración que introdujo en el valor de la moneda á fin de mejorar algun tanto la escasez de dinero que habia á causa de las guerras anteriores; con la carestía que á consecuencia de esto se dejó sentir en los artículos de primera necesidad; con el remedio que quiso poner por medio de la *tasa*, y finalmente, con la revocación que de este último edicto hizo, quedando desautorizado con semejante paso para con sus mismos vasallos.

Tal fue la inauguración del reinado de Alfonso X, inauguración que poco bueno anunciaba, pues si los primeros actos arguyen impremeditación y debilidad, fácil es preveer que los subsiguientes han de estar en la misma proporción.

Emprendida despues la guerra contra los infieles que de nuevo se habian alzado con varias de las plazas que les tomara D. Fernando, el rey de Granada, aun cuando no de muy buen grado, auxilió para reducirles, en virtud de sus compromisos.

Jerez, Arcos, Medina-Sidonia y Lebrija, fueron las poblaciones que se sublevaron y que sucesivamente se recobraron con el auxilio de Ben-Alhamar, quedando el gobierno de Arcos por el infante D. Enrique, hermano del rey, que fue quien se apoderó de ella.

Tres años despues, ó sea en 1237, ayudado tambien por el granadino emprendió las operaciones contra los moros de la fuerte plaza de Niebla, cabeza del Algarbe, y que se habian fortificado terriblemente. El ser estos almohades, fue causa de que el rey de Granada se prestase gustoso á semejante empresa, pues sabido es el odio de raza que les profesaban los andaluces.

Mas de nueve meses duró el asedio, defendiéndose los almohades con piedras enormes lanzadas con sus máquinas y con tiros de trueno con fuego, según las crónicas, árabigas (1), lo que parece demostrar que el uso y empleo de la pólvora era ya conocido por los árabes de España en el siglo XIII.

Mas á pesar de esta resistencia, el walí de la ciudad, Ebn-Obeid vióse obligado á pactar la entrega de ella y de otras varias poblaciones del Algarbe, dando en cambio el rey de Castilla al almohade la posesión de otros dominios en territorios del monarca castellano.

Objeto constante de los deseos de D. Alfonso habia sido el llevar la guerra á Africa, proyecto, que favorablemente acogido por los pontífices, prestarónle su aprobación, expidiendo breves y bulas exhortando á los clérigos y seglares que prestaran su ayuda al monarca para aquella expedición.

Mas esta empresa preparada tantas veces, siempre se vió entorpecida por nuevos y graves incidentes.

Habia D. Alfonso hecho en Sevilla una Atarazana para la construcción de buques, cuando á consecuencia de las reclamaciones que el rey de Portugal le hizo para que le cediese el Algarbe, suspendió sus preparativos de viaje, y despues de muchas conferencias con el portugués, que estaba casado con una hija bastarda de D. Alfonso de Castilla, llamada D.^a Beatriz, cedióle finalmente todas aquellas conquistas, con la obligación de ayudarle con cincuenta hombres de á caballo cuando lo exigiese.

Terminado este incidente, tornó de nuevo el castellano á su proyecto, preparando las naves necesarias y haciendo los aprestos que expedición de esta clase requeria, mas otra vez vino á impedirle la muerte de Teobaldo I, rey de Navarra, ocurrida en 1233.

Temerosa su tercera esposa D.^a Margarita por la suerte de sus hijos Teobaldo y Enrique en la sucesión del reino, por las pretensiones del castellano, concertóse inmediatamente con el rey de Aragón poniéndose bajo su amparo y protección, y celebrando con él un tratado, en virtud del cual se comprometian á ayudarse mutuamente contra todos los *hombres del mundo*, y á no hacer tregua ni paz sin su reciproco consentimiento, á casar á Constanza, hija del aragonés, con Teobaldo, hijo del navarro, y uno y otra á no casar ningun hijo ni hija con hermanos ó hijos del rey de Castilla.

Los prelados y ricos-hombres de entrambos reinos juraron y aprobaron estos pactos, y la experiencia demostró que obró con gran cordura la reina viuda de Navarra, buscándose un tan poderoso protector.

D. Alfonso de Castilla, apenas supo la muerte del navarro, piú-

sose con sus gentes de guerra sobre las fronteras de aquel reino.

El aragonés presentóse á su vez con su hueste á defender los derechos del príncipe Teobaldo, y la lucha era inminente.

Felizmente los prelados y ricos-hombres mediaron á fin de evitar el escándalo de una guerra entre suegro y yerno, y en 1264 se ajustó la tregua entre ambos, que por entonces aseguraban al príncipe la posesión del reino que comenzó á regir á los quince años bajo el nombre de Teobaldo II.

No eran la constancia ni la perseverancia las virtudes que mas enaltecieron al rey de Castilla. En una sola ocasion las demostró, como en su lugar dirémos, y fue para perjudicar considerablemente á su reino, gastando sus tesoros en una estéril empresa que le proporcionó serios disgustos.

Recuperó la Gascuña, porque sus naturales irritados con la dominación inglesa, rompieron su yugo, poniéndose bajo el dominio del castellano, en quien reconocian mejor y mas legítimo derecho, y al poco tiempo accedió á la pretensión del rey de Inglaterra Enrique III, que le pedía la mano de su hermana Leonor para el príncipe Enrique, heredero de la corona de la Gran Bretaña, á quien su padre cedía la Gascuña.

El castellano accedió renunciando á todos sus derechos, y despreciándose para siempre de aquellos ricos dominios.

Semejante conducta indudablemente debía disgustar á sus vasallos, y así vemos que varios magnates comenzaron á apartarse de su lado, dando la señal D. Diego Lopez de Haro, señor de Vizcaya y su hijo D. Lope Diaz, los cuales se pasaron á Aragón prestando sus servicios á D. Jaime.

Poco despues el mismo hermano del rey, el infante D. Enrique siguió la misma marcha, y como D. Jaime siempre estaba receloso de su yerno, acogia perfectamente á cuantos de su lado se separaban dándoles nuevos estados.

Segun se desprende de la Crónica de D. Alfonso el *Sábio* á quien ha seguido en esto Mariana, Zurita y otros historiadores, existia entre el rey de Aragón y su yerno el de Castilla, otro motivo de disgusto, anterior al de la complicación navarra.

Parece que D. Alfonso estaba contrariado por la esterilidad de su esposa, pues á esta únicamente podia achacarse la falta de sucesión directa por cuanto el monarca tenia varios hijos bastardos, y trató de divorciarse, contrayendo un nuevo enlace.

Para esto pidió por esposa á Cristina de Noruega, hija de aquel monarca.

Accedió su padre y la princesa llegó á Castilla precisamente cuando ya D.^a Violante estaba en cinta.

Con esto desapareció la causa del divorcio del rey de Castilla, y para salvar el compromiso en que se hallaba con la hija del rey de Noruega, hizo que se casara con su hermano D. Felipe, que era abad de Valladolid y arzobispo electo de Sevilla, quien renunció para ello la clerecía.

Posteriormente, el ilustrado marqués de Mondejar en sus *observaciones á la crónica antigua de D. Alfonso el Sabio*, ha demostrado de una manera irrefutable la falsedad de todo esto, pues si bien es cierta la venida de Cristina de Noruega á Castilla, y su casamiento con el infante D. Felipe, ni el hecho se realizó por aquellas causas ni en el año que se indica (1).

Fácilmente puede comprenderse que todas aquellas razones que llenaban de disgusto el corazón de Alfonso, monarca tan entendido en las ciencias, menos en la de gobernar, impedianle realizar su expedición á Africa, siempre preparada y jamás llevada á cabo.

En el año de 1236 habiale dado su esposa un hijo que fué el infante D. Fernando, llamado de la Cerda, por haber nacido con un largo cabello en el pecho, nacimiento que le llenó de alegría, compensando los muchos pesares que laceraban su corazón.

A este regocijo se añadió el que produjo el haber desaparecido por entonces todo motivo de recelo respecto á la guerra que se temía con Aragón.

Los dos monarcas celebraron una entrevista en Soria, en la cual se dieron cumplidas satisfacciones, renovando su amistad y alianza.

En esta población se hallaba el rey de Castilla, cuando llegó una embajada de la república de Pisa encomendada al ilustre Blandino Lanza, ofreciéndole la corona de Alemania, vacante por muerte del emperador Guillermo.

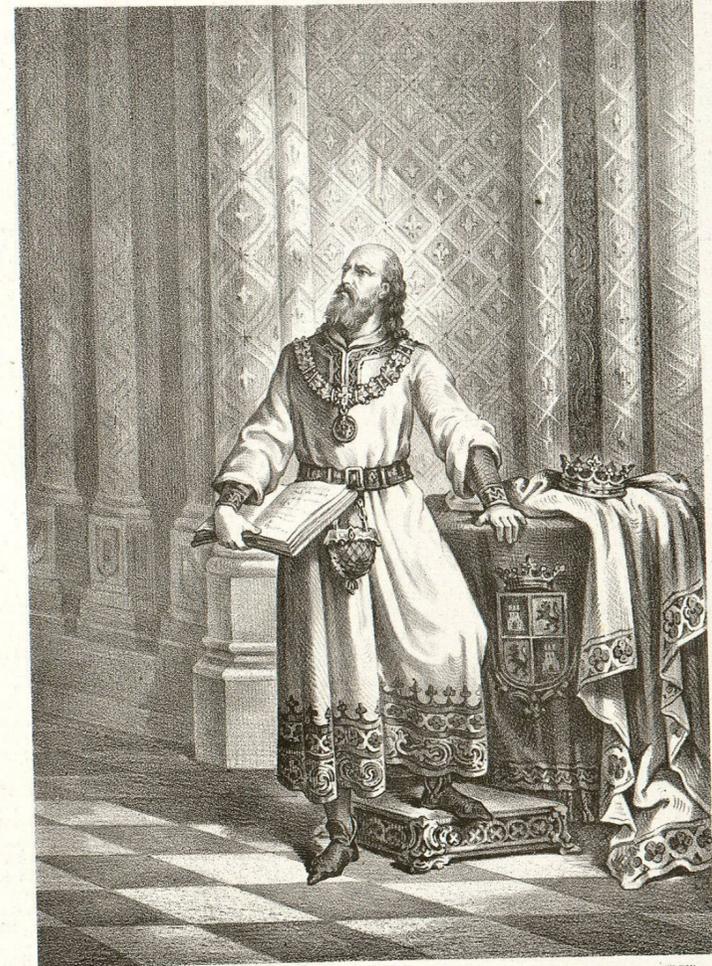
La república de Pisa, no perdiendo de vista el derecho que don Alfonso de Castilla tenia á aquel trono como vástago de la casa de Suavia, determinó elegirle emperador, para cuyo efecto le envió el acta por medio del embajador citado.

El recibimiento que en Soria se hizo al ilustre pisano, fue digno, tanto de la república que representaba, como del monarca que le recibía.

En la entrevista que con D. Alfonso tuvo, prestóle homenaje y reconocimiento á nombre de aquel Estado, proclamándole como emperador de Alemania y rey de los romanos.

El rey de Castilla admitió aquella investidura sin atreverse todavía á usar de aquellos títulos, por cuanto la república de Pisa no obraba en aquel acto mas que impulsada por su buen deseo, pero no por la fuerza legal que impone el derecho electivo, del cual carecía.

(1) En corroboración de esto pueden verse — Florez—*Reinas católicas*—tomo 11 y en las *Ilustraciones á Mariana*, de Sabán.



D. ALFONSO X, EL SABIO.

Riera, Editor, Barcelona Rabator 24 y 26.

(1) Condé. Parte IV, cap. 7.

CAPITULO LXXIV.

Disgustos y contrariedades experimentadas por D. Alfonso de Castilla en la cuestion del Imperio de Alemania. — Inutilidad de su viaje al Languedoc para hablar con el pontífice Gregorio X. — Sublevacion de los moros de Valencia. — Su espulsion, ordenada por D. Jaime de Aragon. — Continuan las disensiones en Aragon con motivo de la sucesion de aquel reino. — Muere el principe D. Alfonso de Aragon.

No habia transcurrido mucho tiempo desde la embajada que recibiera Alfonso X, cuando á la par que recibia otra mas solemne enviada por el arzobispo de Tréveris, el duque de Sajonia, el marqués de Brandebourg y el rey de Bohemia, que fueron los que le eligieron, sabia tambien que los arzobispos de Maguncia y Colonia y el duque de Baviera habian elegido á Ricardo de Inglaterra, hermano del rey Enrique III; que le habian llevado á Aix-la-Chapelle (Aquisgran), y sentándole en la famosa silla de Carlomagno, habíanle proclamado emperador.

Los electores de Alfonso, daban por nula la eleccion de Ricardo, tanto por estar en minoría los que le eligieron, cuanto por hallarse inhabilitado alguno de ellos, pero estos, mas previsores y mas astutos, llevaban al nuevo emperador por varias poblaciones de Alemania, donde á fuerza de dádivas y obsequios iba captándose simpatías.

D. Alfonso decidió emplear tambien los recursos materiales del dinero, para hacer valer su derecho y entabló una série de negociaciones que no duraron menos de diez y ocho años, y en las que se invirtieron cuantiosas sumas que hubieran sido mas provechosas en Castilla.

Los pontífices mostraron una antipatía profunda hácia el reconocimiento de D. Alfonso como emperador de Alemania y rey de los romanos, y con evasivas unas veces y con negativas rotundas, otras, entreteníanle sin que pudiera sacar otro partido que gastos considerables y sufrir humillaciones y desprecios que debian, no solamente herir su dignidad, sí que tambien la de la nacion que regia.

Parecia que con la muerte de Ricardo de Inglaterra habiase en gran manera allanado el camino para las justas pretensiones de don Alfonso, pero al contrario, la oposicion siguió mas tenaz, y Gregorio X, que á la sazón ocupaba la silla de san Pedro, incluyó poderosamente para que se reunieran los electores del imperio procediendo á nueva eleccion.

Si D. Alfonso hubiera hecho cuando debia el viaje á Alemania y por sí mismo hubiera allanado los obstáculos que se le oponian, es presumible que hubiese conseguido su objeto; mas su carácter débil é irresoluto, le fue poco á poco enagenando las simpatías de los principes alemanes, que concluyeron por elegir á Rodolfo de Habsburg, en setiembre de 1273.

Es verdad que varias veces intentó pasar con sus tropas á Italia y Alemania y siempre se lo hubieron de impedir las turbulencias de su reino, pero de todos modos, creemos que su viaje hecho á tiempo, hubiérale dado el resultado apetecido.

Cuando pasó al Languedoc á celebrar la entrevista que habia demandado á Gregorio X, era fuera de tiempo, no podia recibir mas que un nuevo desaire, máxime estando hecha ya otra eleccion completamente legal.

Su suegro el rey de Aragon le expuso esto mismo, pero á pesar de ello persistió, y en 1275 celebróse la entrevista en Belcaire y dió el resultado que era de esperar.

Cuantas demandas hizo el castellano al Pontífice, otras tantas le fueron negadas y tornóse D. Alfonso á Castilla lleno de enojo y nuevamente humillado.

Gregorio X, que constantemente se habia mostrado favorable á Rodolfo, mostró de una manera enérgica y dura su disgusto al monarca castellano por su pertinaz empeño.

Viendo semejante oposicion, Alfonso limitó sus pretensiones. Pidió solamente que se le reconociera como legitimo heredero del Ducado de Suavia que de derecho le pertenecia y del que se habia apoderado Rodolfo, tambien.

Igualmente le demandó que la Reina de Navarra diera la mano á uno de sus nietos, cuestion que ya tiempo antes venia tratando con el Rey de Francia y en la cual aquel podia haber influido en gran manera.

Però nada pudo conseguir. El Pontífice lo negó todo, nada quiso conceder y los términos en que se expresó respecto al monarca de Castilla, probaban de una manera palpable la desafeccion que le tenia.

Para relatar aun cuando ligeramente este episodio, que como hemos dicho abrazaba el largo período de diez y ocho años, hemos dejado pasar por alto hechos ocurridos en estos reinos durante él, de los cuales debemos dar cuenta á nuestros lectores.

Los moros de Valencia que soportaban mal de su grado el yugo aragonés, excitados por un enérgico y resuelto musulman llamado Al-Azark, trataron de sublevarse, siendo su primer paso el de apoderarse de D. Jaime por medio de una celada diestramente preparada.

Felizmente suplo á tiempo el aragonés y pudo evitarlo, mas inmediatamente y para evitar la repetición de un hecho semejante, ordenó que saliesen de aquel reino todos los infieles, dándoles seguro de que no serian molestados en su marcha, pudiéndose llevar todos sus bienes muebles.

No llevaron á bien algunos caballeros, entre ellos el infante don Pedro de Portugal, semejante medida, porque los moros les pagaban bien y religiosamente sus impuestos, pero el monarca les acalló por medio de indemnizaciones pecuniarias y la espulsion se llevó á efecto.

Los mas resueltos, con su jefe Al-Azark, pusieron en armas, elevándose su número á mas de sesenta mil, resistiéndose por espacio de tres años, al cabo de los cuales fueron perdiendo sucesivamente todas las posiciones que ocupaban viéndose obligado su caudillo á ceder, obteniendo de D. Jaime que le dejase salir del reino como á todos los demás.

En el año de 1258 fué D. Jaime á Montpellier á restablecer sus buenas relaciones con el rey de Francia, relaciones que se habian resentido notablemente por diferencias surgidas entre ambos reinos.

Para terminar para siempre estos disturbios, ambos monarcas llegaron á un acuerdo, por el cual el rey de Francia dejaba la nominal posesion respecto á varios condados de Cataluña, y el aragonés renunciaba á los señoríos del Mediodía de la Francia exceptuando á Montpellier, concertándose el matrimonio de Isabel, hija segunda de D. Jaime, con Felipe, primogénito de san Luis.

Además D. Jaime cedió á la reina Margarita de Francia los derechos que tenia al condado de Provenza, separándose ambos monarcas completamente satisfechos uno de otro.

Mas si bien D. Jaime seguia siendo el mismo monarca á quien hemos visto desde el principio de su reinado procurando ensanchar sus dominios y asegurarlos por medio de paces y tratados ventajosos con todos los monarcas de los estados vecinos, necesario nos es convenir en que fue muy digno de censura en la conducta observada con su primogénito D. Alfonso.

La mayoría de sus caballeros estaban profundamente disgustados por aquella terrible ojeriza que le tenia, la cual le habia llevado hasta el extremo de desheredarle de toda la Cataluña, Mallorca, Valencia y de los señoríos del Rosellon, Cerdaña y Montpellier, y diéronle muestras ostensibles de su resentimiento.

En su consecuencia, para aquietarlos, pues no se le escondia que fácilmente podia surgir de semejante estado un mas sério conflicto, accedió á ceder á D. Alfonso el reino de Valencia uniéndole completamente al de Aragon.

Però cesion hecha puramente por la fuerza, no era posible que fuese agradecida, ni por los caballeros de su reino, ni por el mismo principe sobre quien recaia, así era que quedaba constantemente en perspectiva un rompimiento mas ó menos lejano, pero que siempre habia de tener malas consecuencias.

La muerte del principe D. Alfonso ocurrida en 1260, de una manera inesperada, vino á cortar aquel riesgo, dejando ya libertad á su padre de favorecer abiertamente á sus otros hijos, á quienes tan entrañable amor habia siempre demostrado.

Mas tampoco consiguió D. Jaime disfrutar de paz en el interior de su familia.

El germen de la discordia habia penetrado en ella y difícilmente podia estirparse.

El principe Alfonso habia con razon envidiado la preferencia que su padre demostró tan abiertamente respecto á sus hermanos; estos á su vez mostráronse envidiosos entre sí mismos, y D. Pedro y D. Jaime, mostráronse resentidos por la desproporcion que habia entre sus respectivas herencias.

Las disidencias entre los dos hermanos trascendieron primeramente á los ricos-hombres y caballeros y despues al pueblo, que á su vez se dividió tambien.

Los bandos dieron comienzo, los insultos, las luchas encarnizadas comenzaron, y á la sombra de estos desórdenes, el bandidaje se desarrolló en tales términos, que las villas y ciudades víéronse obligadas á confederarse para atender á su seguridad comun, creando milicias de gente escogida y resuelta para perseguir á los malhechores.

Llamóse á esta confederacion, *hermandad*, y merced á ella pudo restablecerse en el reino la seguridad que habia desaparecido por completo.

A su vez D. Jaime deseando tambien contribuir á calmar la excitacion de los ánimos, decidióse por hacer una nueva division en sus estados, que desgraciadamente este monarca tambien cayó en el funesto error de otros, de sojuzgar la razon política al paterno sentimiento.

En virtud de la nueva division, Aragon, Cataluña y Valencia habian de constituir la herencia de D. Pedro, y las Baleares, el Rosellon, la Cerdaña y Montpellier la de su otro hijo D. Jaime, pudiéndose sustituir uno á otro en caso de fallecer sin sucesion.

Al menos aparentemente, cesó la discordia, pero indudablemente ganóse mucho para la unidad nacional, con que aquellos tres reinos no quedasen separados segun antes se intentó.



D. JAIME EL CONQUISTADOR EN TOLEDO, RECIBE UNA EMBAJADA.